

III

Concurso de Relatos Breves de Ficción sobre Pensamiento Crítico Félix Ares de Blas

A lo largo de 2018 estuvo abierto el plazo para la presentación de relatos para la III edición del concurso *Félix Ares de Blas*, organizado por ARP-SAPC, y cuya temática ha de versar sobre escepticismo y pensamiento crítico. Esta vez se han presentado un total de 34 relatos desde toda España e Hispanoamérica. El fallo del jurado, compuesto por Inma León, Eugenio Manuel Fernández Aguilar y el propio Félix Ares, fue dado a conocer en la asamblea general de socios celebrada en Logroño el pasado mes de abril. Presentamos a continuación los relatos seleccionados.

Primer premio: *SISÍES*

Marta Morcillo Martínez (Valencia)

—Un café, por favor.

—Claro, aquí tiene, son 600 euros.

—Perfecto, gracias.

Cojo mi café y me dirijo a mi mesa de siempre, cerca de la ventana para ver a las personas pasar. El café de hoy sabe diferente, como a ceniza. Cuando miro el interior de mi taza, me encuentro algún resto de colilla. ¡Qué camarera tan agradable que me regala el fruto de un momento entre sus labios, el fuego y un cigarro!

Todo va tan bien en esta ciudad. En verdad, todo va bien en este mundo desde que se erradicó la palabra innombrable. Después de abolir el uso del adverbio de lo contrario de afirmación, le siguió el uso de palabras con connotaciones contrarias a la afirmación. La Presidenta, sabia y única, quiere lo mejor para nosotros, y lo mejor es siempre estar felices. En su obra maestra *Sisí, la emperatriz* ya nos explicaba a nosotros, los ignorantes, cómo el lenguaje contrario a la afirmación nos llevaba a «espirales oscuras» y «vidas dolorosas». Ella, que siempre quiere el bien para la humanidad, decidió dejar a un lado ese tipo de palabras para que nuestras vidas mejoraran. ¿Cómo se puede ser tan buena?

El café de hoy me gusta más que el de ayer. La camarera de ayer me regaló filamentos pilosos suyos,



pero el de hoy tiene mucho más sabor.

—Perdone, ¿va usted a sentarse en esa silla por mucho más tiempo?

—Solamente hasta que usted la necesite —digo entusiasta.

—Me gustaría ocupar su asiento si me lo permite.

—¡Claro! Yo daré calor al suelo con mis posaderas.

El suelo es duro, pero es bueno para la espalda. Todo es bueno.

Muchas personas decidieron alejarse de los mandatos de La Presidenta, sabia y única, porque decían que nosotros éramos como borregos siguiendo al pastor, personas que se dejaban llevar y que ellos tenían la verdad. Los «esquiladores de ovejas» como La Presi-



Marta Morcillo, ganadora del primer premio, recogiéndolo de manos de nuestro socio Jesús López Amigo durante una sesión de Escépticos en el Pub Valencia.

denta, sabia y única, graciosamente les apodó, decían que ellos aún podían reflexionar y preguntarse cosas porque podían ser contrarios a los mandatos de La Presidenta, sabia y única. Muchos fueron ingresados en los Centros de Reintegración a la Verdad o CRV, pero ellos son los que se resisten a ver la verdad, y por eso siguen allí dentro.

Esos «esquiladores» eran personas contrarias a la felicidad, que buscaban alejar de nosotros el abrigo protector que nos daba La Presidenta, sabia y única, con sus perfectas leyes. ¿Quién buscaría acercarse a lo contrario de la afirmación? ¿Cómo puedes ser contrario a la felicidad y aun así vivir? ¿Cómo puedes vivir en un mar de dudas y contradicciones? Con lo bueno que es vivir siempre en el camino del sí, apartando a un lado el camino contrario, para ser feliz. Una vida sembrada de problemas es igual a una vida contraria a la felicidad.

Como La Presidenta, sabia y única, dice: «La ignorancia es la felicidad». Estoy de acuerdo. Todo es felicidad con ella.

Vuelvo a casa después de mi delicioso café. En la calle veo cómo un grupo de la Brigada de Cuerpos Sísíes intentan dialogar con una bella mujer que ha dicho el adverbio contrario a la afirmación. Los diálogos últimamente se han vuelto más eficaces, porque consiguen convencer a los ciudadanos de ingresar en los CRV solamente con un par de toques de porra. Todo es tan bonito.

Mi madre siempre me decía que yo era una persona muy feliz pero un poco ignorante, ahora me gustaría decirle que soy muy feliz y sé mucho más que ella.

Ya hace tiempo que el reflexionar está lejos de mi vida, como aconsejaba La Presidenta para una vida mejor en su obra maestra. Conseguí alejar esos hábitos contrarios a lo bueno como el dudar o el pensar. Hacían de mi vida una continua lucha.

Ya he llegado a mi bello hogar. El puente que cruza el río otorga cobijo a tantísimas personas que ya somos como una familia. Todos fieles seguidores de La Presidenta, sabia y única, que recompensará nuestra

lealtad el día del Juicio donde los desertores pagarán por su contrariedad a la felicidad con su vida.

Ese día todo será tan perfecto...

Accésit: *EL PSIQUIATRA*

José Javier del Villar (Zaragoza)

El doctor Cifuentes comenzaba siempre la jornada de trabajo paseando desde la entrada hasta su despacho al final del pasillo. Por el camino saludaba al guardia de seguridad y a su ayudante, la doctora Benavente.

En el recorrido se encontraban a ambos lados las celdas de los pacientes. La doctora Benavente le saludó y le entregó los informes del día con las tareas programadas. Los objetivos de su investigación eran el pensamiento analítico y el procesamiento de la información por parte del cerebro en los enfermos psiquiátricos. Durante el día iba a estar muy ocupado con diversas reuniones y revisiones a pacientes. También debía encargarse de ajustar la medicación de algunos casos inestables. Se encontraba plenamente cualificado para hacerse cargo de aquellas tareas de modo rutinario.

Al final del día debía abordar el caso más grave que tenían en la Institución. Era a la vez una suerte y una desgracia tener allí aquel paciente tan extraño. Permitía observar el caso más extremo y sus graves consecuencias y al mismo tiempo era frustrante observar que los continuos tratamientos, cada vez más radicales, fracasaban una y otra vez sin conseguir los más mínimos progresos hacia una cura o al menos una mejoría por leve que fuese.

Junto con las tareas del día le entregaron un sobre cerrado y sellado. Era la respuesta. Nervioso, descubrió que le habían autorizado para aplicar el tratamiento más radical. Era tan buena noticia que decidió alterar sus tareas y dedicarse a ello inmediatamente.

—Traed el medicamento que guardamos bajo llave en la caja fuerte —pidió tratando de mostrar una firmeza en la voz que ocultase su nerviosismo. La doctora Benavente intuyó lo que iba a suceder y le pidió asistir. Se lo concedió. Así tendría un testigo más del triunfo de la ciencia.

Se dirigió a la última celda ocupada. Peso, medida, altura, anchura, profundidad, velocidad, momento de inercia, integración, teoría de cuerdas, Nietzsche, Foucault, Kuhn, Heidegger; el pensamiento analítico y la razón eran sus guías morales y su biblia. Gente como él no debía admitir nada de lo que no tuviese pruebas palpables e indiscutibles. Muchas veces incluso las pruebas más fiables eran engañosas y era necesario descubrir la realidad detrás de las patrañas.

El paciente de la doscientos diecisiete era un embuste que había durado demasiado tiempo.

Javier, el enfermero, le alcanzó con el tratamiento y se lo entregó. Cargó el instrumental con una dosis y comprobó que funcionaba correctamente. Llegaron a la puerta. Inspiró hondo durante un segundo y pidió al celador que la abriese.

El paciente estaba como casi siempre levitando a

un metro del suelo. La cadena que anclaba su tobillo evitaba que pudiese alcanzar la ventana. Los delirios del paciente eran tan agudos que alteraban la percepción de quienes le rodeaban como si su mal se transmitiese a las personas cercanas, pero el efecto terminaba al abandonar su compañía. Incluso pervertía los instrumentos de medida a su alrededor.

El paciente se giró y le miró. Sonreía como siempre. Ni siquiera dosis altas de torazina alteraban su comportamiento.

El celador tiró de la cadena plegándola haciendo que bajase al suelo.

—Nada ha funcionado —dijo el doctor Cifuentes al paciente—. Me han autorizado a usar el método definitivo.

Quitó el seguro de la escopeta, amartilló y apuntó con cuidado. Disparó.

A esa distancia no podía fallar. El disparo atravesó ropa, piel y músculos empujando junto con el estruendo del arma el cuerpo del paciente.

Al sentirse morir sanaría por lo menos durante los últimos instantes de su vida dándose cuenta de la verdadera naturaleza del mundo real.

Pero seguía sonriendo, manchado de sangre y herido. Tenía que estar muerto pero comenzó otra vez a flotar, víctima de sus delirios. Al preguntarse en voz alta, desesperado, cómo era posible, el paciente le habló por primera vez en aquellos cuatro años.

—Es que aquí no creo en la muerte.

Cifuentes se había preparado para hablar con aquel hombre durante años pero solo pudo barbotar unas palabras.

—Da igual lo que usted crea. Lo que es es.

—No lo entiendes Cifuentes. Si tan seguro estás de las cosas, explica por qué no estoy muerto.

—Yo —vaciló— no lo sé.

—Solo quiero que mejores. Todos estos años preocupado por ti sin poder ayudarte y por fin comienzas a reaccionar. Dime quién soy.

Cifuentes miró la ficha.

—El doctor Bernal.

—Sí, Cifuentes, el doctor Bernal. Si puedo hacer cosas imposibles... razona, Cifuentes, dílo tú.

—O estoy loco o esto no es la realidad ¿Es un sueño?

La profesora Lucía Benavente, señora de Cifuentes, cogió el móvil. Habló unos segundos y comenzó a llorar de alegría.

—¡Javier! ¡El doctor Bernal dice que papá ha despertado del coma!

Mención especial del jurado: SIMILIA Raúl de la Torre (Madrid)

La verdad es que cuando nació el niño no era muy guapo. De hecho era espantoso. La familia directa callaba prudentemente, salvo la tía Margarita, que ajena a la discreción general anunciaba alborozada el parecido con sus papás. Y lo peor es que tenía razón: el rorro era la viva imagen de sus progenitores, que cualquier observador imparcial hubiese supuesto pri-



José Javier del Villar, con su accésit, recogido de manos de nuestro socio José Luis Cebollada.

mos, si no un grado mayor de incestuosa consanguinidad. Conforme fueron pasando los meses, luego los primeros años, fue quedando patente que la falta de atractivo físico no era el único regalo recibido de la naturaleza. Aunque adquirió con normalidad el secreto de la bipedestación y de la marcha, arrasando a su paso adornos y otros objetos de difícil descripción, no ocurrió lo mismo con el lenguaje, que apareció escasa y tardíamente, en compañía de una plétora de sonidos guturales de incomprensible sentido. El diagnóstico debería haber sido evidente para cualquiera: el niño era un infeliz de escasas luces, eso que antes de la epidemia de lo políticamente correcto se conocía como tonto de baba. En cualquier caso, dicha evidencia no lo fue para sus orgullosos padres, por mor tal vez del parecido con el infante, hasta que ingresado este en un establecimiento docente adecuado a su edad física, una maestra consiguió no sin gran esfuerzo que les entrara en la mollera.

Podría decir que cundió la desolación en aquella atribulada familia, pero no sería del todo cierto. Si bien habían llegado a captar someramente la realidad que atenazaba a su retoño, no había ocurrido lo mismo ni con la cronicidad del caso ni con el poder de la carga genética, y ambos miembros de la pareja

se devanaban los sesos buscando remedio para el hecho irreversible. Fue la tía Margarita quien sin querer procuró la solución. Era la tía Margarita mujer frecuentadora obsesiva de herbolarios y parafarmacias, y cliente compulsiva de magos, nigromantes y videntes televisivos con los que se dejaba una pasta gansa que no tenía. Gustaba también de contar a quien quisiera oírlo las bondades de los tratamientos a los que se sometía para sus imaginarios males y su nada imaginaria decadencia. En una de sus múltiples matracas familiares, glosó con gran convencimiento las maravillas de unas píldoras milagrosas que, fabricadas con raspaduras repetidamente diluidas de una pata de pollo tomatero, resultaban portentosamente eficaces para esas arrugas que aparecen con la edad en las comisuras de los ojos. El secreto radicaba, declaraba, en coger un poquito de algo malo y convertirlo en bueno por obra y gracia de una milenaria técnica latina, cuyo nombre leyó sacando un papel de su bolso: *similia similibus curantur*, anunció con el orgullo de quien se siente iluminado por el conocimiento arcano. Lo inventó un romano que se llamaba Samuel, de los de antes de Cristo, concluyó satisfecha. Nada parecía hacerle dudar a pesar de lo que el espejo debía revelar cada mañana, y cambiando de tema pasó a comentar el horóscopo correspondiente a ese día.

El padre de la criatura se había quedado empero con la copla, y no paraba de darle vueltas. El chico muy listo no parece, se decía; si pudiera darle alguna píldora de esas, ahora que por su temprana edad toda-

vía estamos a tiempo, tal vez acabará siendo un sabio benefactor de la humanidad, o líder mundial como el coreano ese del que hablan, y que tiene a todo su país metido en el bolsillo... Estaba claro que ese remedio concreto no se había inventado todavía; de lo contrario, estaría en las farmacias. Así que antes de nada decidió documentarse, buscando en internet las palabras mágicas del romano antiguo ese.

Al parecer, todo consistía en coger la materia prima necesaria y disolverla mucho, hasta que se obrara la transformación. El problema, claro, era qué materia prima: si para las patas de gallo de la tía hace falta un pollo —se dijo— para hacer inteligente a un menguado hará falta un tonto. Tonto es el que dice tonterías, y los que dicen más tonterías son los que salen por la tele, pensó. Pensado y hecho, se ocultó de madrugada en los alrededores del estudio, a la espera del primer tertuliano que saliera. Seguro de la legitimidad de su causa y de que el elegido no estaría por la labor de convertirse en donante, optó por un expeditivo estacazo que le permitió disponer de sangre abundante, a la vez que, sin ser consciente del efecto colateral, libraba a la audiencia de semejante caspa.

Cuando la policía lo detuvo en la cocina de su casa, se hallaba en pleno proceso de dilución, que quedó inconcluso alrededor del vigésimo trasvase. Esposado en el coche celular, camino del manicomio, se oía al desdichado murmurar húmedos los ojos: hijo mío, decía con un hilo de voz, qué será del pobre ahora...

